



Ideas y Valores

ISSN: 0120-0062

revideva_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Toro, Javier

Reseña de "Spinoza: A life" de Steven Nadler "y Cogito, Ergo sum: The life of rene descartes" de

Richard Watson

Ideas y Valores, núm. 126, diciembre, 2004, pp. 85-90

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80912606>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reseñas

Spinoza: A Life. Steven Nadler. Cambridge University Press, 2001. 407 pgs. *Cogito, Ergo Sum: The Life of René Descartes*. Richard Watson. Godine Publishing, 2002. 375 págs.

La vida de Descartes y Spinoza como piezas fundamentales para entender la revolución cartesiana del siglo XVII

En el ámbito académico es un argumento generalizado que el conocer la vida de un filósofo no resulta indispensable para entender su filosofía. Tal vez Ray Monk, en su monumental biografía de Wittgenstein, pretende demasiado cuando supone que su obra permitirá elucidar los motivos detrás de la complicada filosofía del genio austriaco. De todas formas, el estudio de la vida de ciertos filósofos permite entender el contexto en que se desarrolla su método, al igual que las influencias externas que éste pudo haber recibido en su desarrollo. Es cierto que en algunos casos la vida del filósofo ha sido tan pasiva y carente de sucesos, que una biografía significaría un somnífero que nos alejaría de la esencia de su filosofía. Tal es el caso de Kant, quien aparentemente nunca abandonó su natal Königsberg, y, en cierta medida, G.E. Moore, del cual afirmaría Russell que fue lo más parecido a un santo moderno. Lo contrario sucede con filósofos como Abelardo, Descartes y Russell, cuyas agitadas vidas, a pesar de que no arrojan mayores claves sobre la esencia de sus sistemas filosóficos, permiten entender los conflictos a los que su filosofía respondió y la revolución que ésta significó en la época de su gestación. En algunos casos, el contexto no dice mucho sobre el desarrollo de la obra del filósofo; pero cuando hablamos de filósofos del siglo XVII—llamado por A.N. Whitehead

el siglo de los genios—definitivamente hay algo en el trasfondo contextual que sirve para el entendimiento de la filosofía que en tal siglo se desarrolló. El siglo XVII—especialmente en las Provincias Unidas y Francia—presenció el florecimiento de la filosofía cartesiana, la cual marcó la ruta de la filosofía moderna. En este siglo, todo el espectro científico sufrió una enorme revolución, comenzando con la asimilación de las ideas de Galileo y Kepler, pasando por los experimentos de Boyle y el descubrimiento del telescopio, el microscopio, el barómetro y el termómetro, hasta el descubrimiento simultáneo del cálculo infinitesimal por Leibniz y Newton. Los filósofos del siglo XVII, al estar inmersos en tal revolución científica, llevaron vidas marcadas por el deseo de la búsqueda de la verdad y la explicación racional del mundo. Definitivamente, dos figuras centrales de este panorama son René Descartes y Baruch Spinoza. Entender sus vidas no solo permite comprender el contexto en que sus filosofías se desarrollan y la revolución que éstas significaron (Descartes como un antagonista del aristotelismo escolástico y Spinoza como el “ateo” que alteró y llevo a consecuencias más lógicas el sistema cartesiano), sino que también nos permite un entendimiento del siglo de los genios, reflejado en dos de sus mejores exponentes.

Las dos últimas biografías que han sido publicadas sobre estos dos filósofos—Steven Nadler, *Spinoza: A Life* y Richard Watson, *Cogito, ergo sum: The Life of René Descartes*—se alejan un poco del carácter estrictamente académico que hasta hace poco era común en las biografías filosóficas y se enfocan más hacia el público general. De hecho, Watson, en las primeras páginas, advierte que su biografía será sobre Descartes “el

hombre”, a diferencia de las biografías pertenecientes a la tradición de carácter religioso, iniciada por Baillet, tradición que da inicio a la “*Sociedad Protectora de San Descartes*” (una broma que, según Watson, surge desde la muerte del filósofo). Su biografía también se aleja de la tradición más científica, cuyo más reciente representante es el australiano Stephen Gaukroger con su monumental *Descartes: An Intellectual Biography*.

Nadler, aún no traducido al español, presenta una vida de Spinoza muy respetuosa de las fuentes y es muy precavido en el momento de plantear hipótesis; espíritu muy contrario a la también reciente obra de Margaret Gullan-Whur, *Within Reason: A Life of Spinoza*, donde se propone la hipótesis de que Spinoza mantuvo una relación homosexual con Simón DeVries. El Spinoza que surge de las páginas de Nadler, es un Spinoza que hace mérito del sello con que imprimía sus cartas: *caute*. La mitad de la obra de Nadler es un cuidadoso estudio de fuentes de la comunidad judía en Amsterdam, reconstruyendo de una forma muy rica los años de formación del *marraño de la razón* en el seno de la tradición judío sefardí. De particular importancia resulta el capítulo titulado *Cherem* (excomunión), donde se hace una investigación de este término en la tradición judía y se investiga el por qué de los fuertes términos que se usaron en la excomunión de Spinoza en 1656 (“*Maldito sea de día y maldito sea de noche, maldito sea cuando se acueste y maldito sea cuando se levante*”). Antes de haber publicado tratado alguno, las ideas de Spinoza sobre la identificación de Dios con la Naturaleza, la inmortalidad del alma, el origen de las Sagradas Escrituras, y el papel del Estado, ya eran consideradas como subversivas dentro de su comunidad. Para Nadler, la excomunión de Spinoza cumplió no sólo con la función de castigar un miembro hereje al interior de la comunidad

judía. Los fuertes términos utilizados en el documento del *Cherem* a Spinoza (de los cuarenta casos de excomunión en la comunidad Judío Portuguesa, desde 1622 hasta 1683, los términos usados contra él son los más severos) debieron haber sido una respuesta de la comunidad judía a las continuas presiones y fuerte escrutinio que ésta sufría por parte de los ortodoxia calvinista. A pesar de que en la década de 1650 se vivía bajo la “*Verdadera Libertad*” instaurada por el Gran Pensionario Jan DeWitt, la comunidad judía en Holanda se debía cuidar de escándalos que sus miembros pudieran provocar en el mundo de los gentiles. Spinoza, quien por esa época comenzaba su entrenamiento filosófico con su maestro de latín Francis Van den Enden y empezaba a frecuentar el círculo de los Colegiantes, representaba una amenaza, no sólo a la tradición judía, sino también a la ortodoxia protestante y católica.

En la reconstrucción de la composición de las obras de Spinoza, Nadler explora una hipótesis muy atractiva, hasta el momento poco explorada por anteriores biógrafos. El autor sitúa a Spinoza componiendo el *Tratado de la Reforma al Entendimiento* al final de su estadía en Amstredam, unos años después de su excomunión. Dice Nadler: “*Existen buenas razones para creer que el Tratado es, de hecho, el primero de los tratados filosóficos originales existentes de Spinoza.*” (Nadler: 175). El *Tratado* fue concebido entonces como la primera parte de una obra mayor. Esta hipótesis, de que el *Tratado* es la obra más temprana de Spinoza, donde éste sienta las bases metodológicas de sus futuras obras, aunque un poco radical, parece concordar con la hipótesis de Isaac Franck, quien sostiene que Spinoza diferenció la lógica de investigación de la lógica de la exposición:

Existe abundante evidencia señalando que Spinoza era consciente de la distinción entre el

*orden propio y la lógica de la investigación y el orden de demostración. El Tratado nunca fue terminado, dejando serias lagunas en la teoría spinozista sobre el correcto orden y lógica de la investigación. De todas formas, queda el hecho de que este tratado fue concebido con el propósito de explicar cómo debía ser tal orden, llevando así a algunas de las premisas y principios primarios sobre los cuales descansan las demostraciones o grupos de demostraciones que son la Ética.**

En su exposición del contenido filosófico de las obras de Spinoza, especialmente del *Tratado* y la *Ética*, Nadler no aporta nada nuevo a quien ya conozca el sistema del filósofo holandés. En cambio, la biografía de Nadler expone de forma muy dinámica la concepción del *Tratado Teológico-Político* y el tardío *Tratado Político*. La segunda mitad del siglo XVII fue turbulenta para la vida republicana de los Países Bajos. La Guerra con Francia, iniciada en la década de 1670, marcó décadas en que se discutió y se replanteó la organización estatal de las provincias unidas, con el objetivo de figurar como potencia (junto con Inglaterra y Francia) y acabar con la debilidad a que éstas se veían amenazadas desde el dominio español del siglo anterior. Spinoza, aparentemente muy interesado por la teoría política en sus últimos años, y fuertemente afectado por el linchamiento de los hermanos DeWitt en manos del pueblo de la Haya, supo captar el desenfreno que la situación política causaba y la necesidad de que la religión no determinara los asuntos estatales, donde la libertad de

pensamiento fuera la prioridad.

Nadler, a diferencia de anteriores biógrafos, es prudente en cuanto a las relaciones sociales de Spinoza. Así, descarta la posibilidad de la estrecha amistad entre el filósofo y el estadista Jan DeWitt; de igual forma, rechaza la hipótesis de que en su misión "diplomática" a Utrecht, para entrevistarse con la legión francesa del Príncipe de Condé, Spinoza fuera recomendado por los altos poderes *orangistas* de La Haya.

El Spinoza que surge de las páginas de Nadler es un personaje precavido, pero a la vez altamente social y consciente de las necesidades mundanas. Muy opuesto al oscuro sedentario descrito por Colerus y otros biógrafos tempranos. Según Nadler, Spinoza gozó de una vida social enriquecida por sus fieles amigos y correspondientes (en su descripción, la sinceridad de su amigo inglés, Henry Oldenburg, no es muy favorecida); estos, aunque en ocasiones exasperan la paciencia del filósofo (como en el caso de Blinjergh y Burgh), se convirtieron en la preocupación y motivación para su trabajo (tal es el caso de DeVries; Pieter Balling, por quien Spinoza guardaba un profundo afecto; y Tschirnhaus, según Nadler, el más apto para las discusiones filosóficas entre sus correspondientes). En la reconstrucción de la vida de Spinoza, Nadler nos muestra un filósofo que por sus revolucionarias ideas escandalizó a la conservadora sociedad protestante de la Holanda del siglo XVII; pero nos muestra ante todo, un hombre que entendió que la filosofía debe ser una forma de vida que nos acerca a la felicidad, alejándonos de las pasiones pasajeras y las creencias irracionales, a las que, desafortunadamente, el vulgo se halla tan expuesto.

En la reseña a la biografía de Watson, Daniel Garber (University of Chicago) afirma que "*cualquiera que sean los resultados de los debates académicos y escolares que este libro propicia, lo que emerge es una imagen vívida de*

* Franck, I. (1980). "Spinoza's Logic of Inquiry: Rationalist or experimentalist?". En: *The Philosophy of Baruch Spinoza*, Richard Kennington (ed.). Washington: CUA Press: 255-56.

Descartes y del propio Watson.” No podría estar más en lo cierto. A diferencia de la obra de Nadler, Watson no se limita a reconstruir la vida del filósofo francés a partir de documentos y algunas hipótesis; para Watson es indispensable dudar de las fuentes (especialmente en el caso de Baillet) si se quiere presentar una imagen más realista de Descartes, con todas sus cualidades y defectos. Para situar a Descartes y su legado filosófico en un contexto coherente, el autor comienza señalando la importancia de la obra de éste y la forma en que revolucionó la ciencia moderna y la concepción del mundo. Watson se refiere a la “maldición del cartesianismo” en la introducción del libro, queriendo hacer énfasis en que el método de Descartes ha sido interpretado –no sólo después, sino también durante la época de Descartes– a favor del ateísmo (las pruebas racionales de la existencia de Dios son imposibles) y a favor del escepticismo (posición que Descartes buscó refutar). De todos modos, según Watson, la ciencia moderna, con todas sus ventajas y defectos está en deuda con el cartesianismo: el método de análisis matemático en el mundo natural, es decir, tratar fenómenos físicos y biológicos bajo reglas matemáticas y mecánicas (sin mencionar la importancia de la duda metódica y el compromiso hacia las ideas claras y distintas), significó una revolución sin precedentes en la historia de la ciencia.

Cogito, Ergo Sum es una obra maestra que se propone desvirtuar la imagen de Descartes como santo, que fuera defendida por Baillet, su primer biógrafo. La imagen que emerge de la obra de Watson es un Descartes extremadamente calculador y cuidadoso, guiado por la razón y por la urgencia de revolucionar las ciencias o, al menos, librarlas de las categorías aristotélicas que no habían permitido el avance de los estudios cuantitativos aplicados a los fenómenos naturales, y a la vez ofrecían explicaciones

incoherentes de estos fenómenos.

A diferencia de anteriores biógrafos, Watson desvirtúa varias historias y mitos que, al parecer, abundan en la bibliografía cartesiana. Para Watson es importante resaltar el papel que jugó el matemático Isaac Beekman en la formación del joven Descartes. Sería Beekman quien primero señalara a Descartes la necesidad de aplicar las matemáticas a fenómenos mecánicos y le enseñara la importancia de la exactitud geométrica. Descartes, precoz admirador de su maestro, años más tarde lo difamaría, negando que hubiera aprendido cosa alguna de aquél. De igual forma, Watson no presta mucha atención al significado de los tres sueños que Descartes tuviera la noche del 10 de Noviembre de 1619 en Ulm. Lo realmente importante de tal fecha es la anotación que Descartes hiciera en su diario acerca del descubrimiento del método geométrico que revolucionaría, primero las matemáticas, y luego todo el *corpus* científico.

Las matemáticas fueron la pasión de Descartes; en el siglo XVII, las disputas públicas entre matemáticos fueron casi tan populares como los duelos de mosqueteros. Descartes acrecentó su fama y riqueza gracias a estas disputas. A diferencia de la incomodidad que le significaban las objeciones a su filosofía, que le llegaban recolectadas desde París por su correspondiente Mersenne, a Descartes le apasionaba responder a los problemas propuestos por distinguidos matemáticos, especialmente cuando de defender su *Geometría* se trataba; tal fue el caso de los ataques de Roberval (quien negó que Descartes realmente hubiera solucionado el problema de Papo) y Jan Stampioen (quien en su obra *Nuevo método de Álgebra* se opuso a la metodología de la *Geometría*).

Como ya se mencionó en el caso de Spinoza, las tensiones religiosas del siglo XVII no fueron ajenas a Descartes. Las guerras entre católicos y protestantes le sirvieron a éste para

moverse libremente por Europa durante varios años con el ejército del Príncipe Maurice de Nassau. Pero más importante aún es el hecho de que Descartes, a sus 32 años, abandonaría la comodidad de su natal Francia por motivos de intolerancia religiosa. Aparentemente, serían los intentos del Cardinal Bérulle de convertir a Descartes en un soldado defensor del catolicismo lo que haría que éste abandonará su patria por más de diez años y se refugiara en los Países Bajos. El efecto que sus obras tuvieran en la Iglesia, bien fuera Protestante o Católica, era algo que Descartes debía tener siempre en cuenta. De hecho, la amonestación que Galileo recibiera en 1633 por parte del Papa Urbano XIII en Roma, obligó a Descartes a suspender la publicación de su temprana obra *El Mundo*, pues buena parte de ésta se sustentaba en la teoría heliocéntrica. La precaución de Descartes no sólo era por su seguridad personal, también tenía motivos estratégicos, pues

ya que planeaba que su obra El Mundo reemplazara a los textos aristotélicos de ciencias naturales en las escuelas católicas, es razonable el pánico y la preocupación que tuviera Descartes de no sobrepasar los límites de la Iglesia. Ciertamente, un libro que fuese condenado no sería adoptado como texto en los colegios Jesuitas. (Watson: 170).

A pesar de sus precauciones y sus continuas medidas por no perder el favor de la Iglesia Católica, Descartes dedicó sus *Pasiones del Alma* a la Reina Cristina de Suecia y sus *Principios de la Filosofía* a la Princesa Elisabeth de Bohemia, ambas Protestantes. Watson no encuentra buenas razones por las que Descartes haya obrado de tal forma, pues hubiera sido más conveniente para el acceso de su filosofía en los círculos católicos franceses que éste hubiera dedicado

dichas obras a las autoridades de la Iglesia Católica. Éste es uno de los hechos que le hace pensar que Descartes, al final de su vida, se encontrara en una confusión sobre el mejor modo de desarrollar su filosofía y de vivir de acuerdo a los principios que él mismo habría tantas veces recomendado: *"quien vive bien escondido, vive bien"*. Prueba de esta confusión es el largo viaje que afronta el último año de su vida a Suecia, para servir de tutor a la Reina Cristina; visita que le costara la vida. Él muy bien lo sabía: *"Acá (en Suecia), estoy fuera de mi elemento."*

Las vidas de Descartes y Spinoza fueron marcadas por las continuas controversias que estos despertaron en la ortodoxa sociedad del siglo XVII. A pesar de las adversidades, estos dos racionalistas defendieron que la búsqueda de la verdad por medio de la razón sería lo único que permitiría el avance de la ciencia y el bienestar del hombre. La tradición escolástica y la Iglesia Católica vieron con desconfianza el intento cartesiano de desacralizar la Naturaleza y explicar sus fenómenos de una forma racional y científica, donde las explicaciones cualitativas de Aristóteles simplemente eran inadecuadas. Los intentos por prohibir el cartesianismo en las universidades de las Provincias Unidas (encabezados por el teólogo de la Universidad de Utrecht, Gisbert Voetius) y en Francia, no fueron suficientes para detener la necesidad de encontrar una explicación racional del mundo, en la cual el hombre, a partir de ideas claras y distintas, y por medio de un método científico que sólo acepta la certeza, y no la autoridad o la superstición como su guía, pueda ser parte activa y a la vez amo de su entorno. Para la filosofía y el método científico, la revolución cartesiana ha significado un salto cualitativo en su larga historia.

JAVIER TORO
MAESTRANTE EN FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA